

jo, que despues de celebrar Córtes en Barcelona y de verificar su nueva boda con la infanta Doña Leonor de Portugal, iria á Valencia á entender en el asunto de la Union de aquella ciudad, que tomaba muy mal semblante. Encaminóse el infante tambien á Barcelona, pero antes de llegar le asaltó súbita enfermedad. El rey cuenta que habia muchos festejos dispuestos, que rogó al infante mirase un hombre que corria por una delgada cuerda, corrida de una á otra ventana de Barcelona, y que el infante dolorido nada pudo ver, aumentándose su mal de suerte que espiró al llegar á su posada. Zurita en sus anales y Pedro Thomich en su historia de Cataluña, achacan al rey la muerte de D. Jaime. Pero muerto su jefe, ¿habia desaparecido la Union? Ya lo veremos en nuestro último artículo.

DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

ARTÍCULO CUARTO Y ÚLTIMO.

Muerto el infante D. Jaime, como vimos en nuestro artículo anterior, parecia decapitada la Union. Esto indadablemente hubiera sucedido en un pueblo de peor condicion que el aragonés, en uno de esos pueblos nacidos para esclavos, que guardan todo su entusiasmo para las personas, y nada reservan para las ideas. Aragon, pueblo libre, de condicion brava, amante de sus fueros hasta el delirio, conecedor de las instituciones en que estribaba su fuerza, moviéndose alentado por una idea, nada perdia por la muerte de un hombre, mientras quedase la ley escrita en los códi-

gos y el sentimiento de libertad impreso en los corazones.

Faltaba el infante D. Jaime, y la ley ocurría en esta falta, personificándose en su hermano menor el infante D. Fernando. La sucesión de éste, lejos de mitigar los temores de D. Pedro, los acrecentaba, pues sobrino del rey de Castilla, muy querido en su corte, contaba, no sólo con el auxilio de las alteradas pasiones de Aragón, sino con el refuerzo de las temibles tropas castellanas. Mandó el rey al rico-hombre Heredia á la corte de Castilla á conjurar la tempestad que amagaba, dándole cartas para el rey, para el infante, para la reina y aun para la favorita Doña Leonor de Guzman, que tenía en sus manos el corazón de Alonso XI. Y como arreciase el peligro de Pedro IV, encargó á su embajador que por todos los medios posibles, tratase de mover el ánimo del infante D. Fernando, heredero de la corona, á seguir su bandera, prometiéndole la confirmación de sus derechos, y el gobierno del reino de Valencia. Mas como el natural de D. Pedro era tan malvado, como rayaba tan alto su astucia, como

nunca decía verdad ni abrigaba recta intención, D. Fernando, que desde luego conocía la ira de su hermano, se escusó de atender sus reflexiones y seguir sus consejos, con lo cual atizaba el fuego de la discordia que envolvía en negro humo los reinos de Valencia y Aragón.

Era tal y tanta la tristeza del rey, que efectuó su enlace con la princesa de Portugal, Doña Leonor, sin pompa alguna, como quien tiene oscurecida el alma, oprimido el corazón. Y en verdad, el semblante de la rebelión era terrible; ya no se contentaba con hacer humildes peticiones al rey, con pronunciar discursos en las Cortes, con arrojar al viento amenazas, no; en Valencia había saqueado las casas de los adictos al monarca, había reunido bajo su bandera grandes huestes, había atropellado cuantos obstáculos le estorbaban, había roto y deshecho delante de Játiva en dos encuentros, las tropas reales, sacrificando granados capitanes y extendiendo por los campos donde la lealtad echara profundas raíces, las horribles plagas del incendio y la tala, como si quisiera castigar hasta la misma tierra.

La grandeza del mal sólo se puede calcular, advirtiendo el esfuerzo que necesitó hacer D. Pedro para dirigir una embajada á los ricos-hombres de Aragon, más como vasallo que como señor, pidiéndoles auxilio, rogándoles que no siguieran á los valencianos, pues habian osado rasgar su pendon y asestar flechas al escudo de su rey. Oyéronle los Lunas y otros, ya no solo inclinados sino rendidos por su causa; pero no así la mayor parte de los altivos ricos-hombres, que alentados por las victorias de los valencianos, dieron el grito de guerra y desplegaron la bandera de la Union, simbolo y enseña de la lucha, en la torre del templo del Pilar, jurando socorrer á los que por su causa combatian en Valencia, para que domeñasen las ciudades realistas, como Teruel, y venciesen á los ricos-hombres que habian levantado pendon por el rey, como D. Pedro de Jérica. Y en efecto, los de Valencia salieron en gran número de la ciudad, cerraron con D. Pedro de Jérica, que estaba en Betera, y rompieron otra vez sus huestes, dispersándolas por aquellos campos que se empaparon en española sangre.

Y así el mal crecía y se aumentaba el peligro, y las ciudades adictas á D. Pedro caian á las plantas de la Union, y el infante D. Fernando mandaba tropas castellananas á sostener la rebelion con acuerdo de Alonso XI, y la reina viuda que siempre odiara á D. Pedro, bendecía aquella ocasion de venganza que le deparaba el cielo, y los moros que aún quedaban en Valencia establecidos despues de la conquista, patrocinados por el rey de Granada, sentian como anhelo de levantar sobre tantos escombros su poder; y todo era guerra, incendio, escándalos, confusion, como si Dios hubiera condenado hermosas comarcas á ser presa de horrorosa y perdurable anarquía.

El rey D. Pedro que estaba en Cataluña, se decidió á partirse de allí para calmar con su presencia el reino valenciano; llegó con su esposa á Murviedro, se aposentó en aquella incierta y conmovida ciudad, reparó sus muros, llenó de agua sus algibes y se apercibió á sostener la guerra por su autoridad. Mientras tanto, las tropas enviadas de Aragon en socorro de Valencia, tropas formidables mandadas por los Urreas y los Lunas, pa-

recian que iban á decidir la contienda, cuando el rico-hombre D. Lope de Luna se arrancó la máscara, desoyó los mandatos de la Union, levantó bandera aparte y se hizo fuerte, desmembrando y dividiendo así aquel ejército, en el cual, quedaron á las órdenes de Urrea compañías adictas á la Union.

El infante D. Fernando llega por fin á Valencia con gente de Castilla; las tropas aragonesas, fieles á la Union, se unen á él; los valencianos le reciben como el iris de sus esperanzas, como el símbolo de sus aspiraciones; y mientras esto sucedia en el campo de la Union, el rey se hallaba abandonado de sus tropas en Murviedro, entre una poblacion tornadiza, que comenzaba á murmurar de él, obligado á separarse de los señores de su Consejo que eran blanco de las iras populares, y tan oprimido por adversos casos, que se arrastraba á las plantas de su madrastra Doña Leonor, en repetidos mensajes, pidiéndola paz y concordia, bien que aguzando en sigiloso silencio el puñal de su venganza.

Examinó, decidido á preparar su victoria, las

fuerzas con que contaba, y vió que toda su esperanza consistia en que D. Lope de Luna ganase con el auxilio del tiempo, gente y refuerzos. Él solo, nada podía hacer en Murviedro. Así convino en que el infante D. Fernando fuese declarado sucesor á la corona de Aragon, en que tomara para sí el gobierno de todos los reinos, en confirmar la odiada Union y todos sus privilegios, en arrojar para siempre del Consejo á sus más fieles servidores, como D. Pedro de Jérica y D. Bernardo de Cabrera, en conceder á Valencia un Justicia particular, custodio fiel de sus libertades, en una palabra, en darse atado de piés y manos á merced del viento de aquella alteracion, y de la voluntad de sus enemigos.

Mas ¿qué restaba á la autoridad real? Su corona estaba en el lodo, y la Union en el trono. Su voluntad habia sido eclipsada, su derecho burlado, su autoridad escupida y abofeteada; no habia rey, no habia más que un esclavo á las plantas de la Union, y que para mayor ignominia, llevaba una corona en la frente. Sus fieles realistas no podian sufrir aquella afrenta, no podian tole-

rar tanta vergüenza para la autoridad real, lumbrera que iba á ser el sol en los horizontes de los venideros tiempos.

D. Bernardo de Cabrera y D. Pedro de Jérica mandaban una tras otra embajadas al rey, le movian sigilosamente á que rompiera sus cadenas y abandonara su triste cautiverio de Murviedro; pintábanle el amor, la decision que aún restaba en sus cõrazones, y la fuerza que podia prestar con su arrojo á todos los leales, y le forzaban á burlar á la Union, arrebatándole su presa, lo cual conseguia huyendo á todo huir á resguardar su derecho en el seno de sus fieles campamentos. Preparó el rey en silencio su fuga y la de su esposa, avisó á algunos leales para que se apostasen con gente fiel en el camino, y se decidió á dejar á los de Murviedro cuando la noche extendiese su sombra y protegiera su fuga. Si las ideas, á pesar de sus varias manifestaciones y de su diferente desarrollo en el tiempo, son idénticas siempre á sí mismas, en este amargo trance que pasa la idea absoluta de los reyes en su cuna, se vé reflejarse, como en profecía, aquel otro más triste

y más amargo trance que pasó, cuando agotada toda su vitalidad antigua y cumplido su gran destino, iba á bajar esa misma idea al sepulcro. El proyecto de partida del rey no iba tan oculto que no lo echasen de ver algunos caballeros de su casa, los cuales, para congraciarse con los rebeldes, lo denunciaron á los jurados de la ciudad. Saberse esto, y armarse un terrible y nunca visto alboroto, fué todo obra de un momento. La voz de alarma sonó por todo el pueblo, las campanas tocando á rebato inundaban de pasiones ardientes los aires.

El ayuntamiento corría al aposento del rey á cerciorarse de su presencia, los caballeros de la real casa se veian unos presos, maltratados otros; las puertas de la poblacion se cierran, y los altos muros por D. Pedro reparados, sîrvenle de más segura cárcel; la gente popular, en número inmenso, enrespada, prorrumpiendo amenazas, dicterios é insultos, sonando las armas, apercibidas á la matanza, cercan las habitaciones del rey, y todos deciden reducirle á condicion de preso, sacarle de Murviedro y entregarle maniatado á los

rebeldes para que en Valencia guarden con más seguridad al mal resignado cautivo.

Esta nueva ignominia le tocaba apurar al que ponía sobre todo su autoridad, al que estimaba inapreciable su poder. Sacáronle fuera de Murviedro en compañía de la reina, condujéronle escoltado por todo el pueblo camino de Valencia, y al llegar á un lugar que se llamaba Puch, lo entregaron en manos de los jurados de la ciudad, declarando en voz alta que ellos quedaban ya salvos y libres de responder por aquel peligrosísimo depósito.

La entrada en Valencia, lejos de ser la entrada de un cautivo amarrado al carro de sus enemigos, fué de un triunfador en apariencias; ¡ah! pero de un vencido en realidad. Aquel júbilo, las demostraciones de contento, el acorde sonido de la música, el esplendor de los festejos, no servían más que para dorar los hierros de las pesadas cadenas que arrastraba D. Pedro de Aragon. En el fondo de aquel cuadro, se destacaba una figura que era al mismo tiempo una humillación y un remordimiento para el rey, su madrastra, que iba á go-

zarse en ver las aflicciones del que tantas amarguras la había procurado en los primeros días de su viudez.

Aposentado en el Real, D. Pedro se vió cercado de fieles servidores, á cuya cabeza estaba el buen almirante Moncada, los cuales juraron que serían siempre adictos al monarca, y que si acaso, alguna vez prestaban á la Union juramento, lo harían más con los lábios que con la conciencia; porque hay épocas tan tristes, que el miedo, como la noche, cae tenebrosamente sobre todos los ánimos. Así la perfidia y el dolo iban minando y corrompiendo el carácter de la nobleza.

Continuaban las fiestas, cuando un triste accidente vino á interrumpirlas. En las hermosas riberas de Guadalaviar, cuyas aguas se deslizan entre un lecho de flores, bajo el claro cielo que resplandece como inundado de eterna alegría, entre el follaje de aquellos campos eternamente verdes, al resplandor de aquel sol que brillaba como el primer rayo de luz que en el primer día de la creación atravesó los espacios, delante de la encantada mansión del rey, ceñida por la bella na-

turaliza como un nido de palomas, sucedíanse incesantemente los bailes y las danzas, que en nada alegraban aquella alma real, oscurecida por un inmenso dolor, amargada por la hiel de sus humillaciones.

Pues bien; un domingo en que las fiestas menudeaban y los bailes se extendían formando mil varios alegres corros por todas las praderas cercanas al Real, un criado de D. Pedro, de suyo imprudente y dolorido de ver que aquellos bailes y aquellas fiestas no eran sino insultos prodigados por el carcelero á su víctima, prorrumpió, metiéndose entre unas parejas, primero en descortesés palabras, en amargos improperios después, desbaratando el baile y atrayendo sobre su frente el ódio de aquella multitud, que se veía apellidada traidora. «¡No, no alegráis, decía el cuitado, con esos bailes al rey, antes le humilláis y teneis poco ménos que en cadenas!» Los del baile que tal oyeron, desenvainaron airados las espadas, prorrumpieron en gritos de exaltada ira, y cerraron con el infeliz, que hubiera sido su víctima, si un francés llamado Mur no se interpo-

ne y lo salva. Pero al salvarlo, tuvo necesidad de manejar una maza, con la cual hirió á uno de aquellos hombres. Esto solo faltaba para que se encendieran los ánimos. Los gritos de «traidores, infames, asesinos de la Union,» se oían por todas partes, como otras tantas amenazas de muerte. Las espadas, heridas por los rayos del sol, relucían como serpientes hambrientas. Las mujeres y niños corrían en todas direcciones y con sus lágrimas y quejidos aumentaban el general espanto. Las mil campanas de Valencia, arrojando torrentes de alarma desde lo alto de sus torres, parecían como una gran fragua donde se forjaba el rayo de la guerra. Las puertas de la ciudad no eran bastantes á dar paso á la inmensa multitud, que atraída por el estruendo, iba inundando alterada y rabiosa las cercanías del Real. Bien pronto, el palacio, raspado antes como un santuario, se vió amenazado por las olas de aquella inmensa muchedumbre ansiosa de venganza. Las puertas cayeron á su empuje, todos los obstáculos rodaron vencidos por su ardor guerrero; aquel pueblo agitado por mil pasiones, respirando

gozoso la atmósfera de la gran tempestad moral que con su electricidad embriaga y enloquece; despidiendo rayos de ira de sus encendidos ojos, gritos de rabia de sus alterados pechos; entró en las habitaciones rompiéndolo todo, destrozándolo, corriendo locamente por aquellas doradas estancias cerradas antes á su respeto, abiertas ahora á su furor, buscando hasta en las camas de sus señores, víctimas que sacrificar en aras de sus antiguas libertades.

La reina recién venida de extraño país, se hallaba amedrentada y dolorida en el fondo de una estancia, reteniendo al rey, que anhelaba cortar el paso con su espada ó con su cuerpo, á la aterradora muchedumbre. Y al fin salió D. Pedro á lo alto de la escalera, ceñida la espada: hubo un instante en que el fragor de aquella tempestad le aterró, pero bien pronto se repuso, y de pié, con una maza en la mano, como clava de su poder, bajó arrojadamente llamando traidores á los que osaban mancillar la vivienda de su rey. Los del pueblo, que por intuición comprenden la trascendencia de todas las grandes acciones, y que se

electrizan siempre que ven, aun en sus mayores enemigos, resplandecer el valor, gritaron á una: «¡Viva el rey!» grito que resonó como una inmensa aclamacion de entusiasmo en los espacios. Al llegar el rey al pié de la escalera, se acercan, le rodean, parece como que quieren estrecharle entre sus brazos, le hacen subir en un caballo, y le llevan en triunfo por aquellos campos, aclamándole y bendiciéndole con ardoroso entusiasmo.

El infante D. Fernando, que capitaneaba la Union, no bien hubo oido el tumulto, se dió prisa á correr hácia el palacio del rey, temeroso de alguna traicion. Cuando el rey se mostraba á caballo, rodeado del pueblo, bendecido por mil aclamaciones, trasponia por la puerta de la ciudad el infante, acompañado de sus castellanos; y como pretendiesen acercarse á donde estaba D. Pedro, el pueblo comenzó á vociferar contra la gente del infante, y solo á este le fué dado adelantarse á saludar á su hermano. El pueblo era un espeso y fuerte muro al rededor de D. Pedro. Entre humilde y temeroso, el infante se llegó al rey, el cual le recibió con muestras de grande amor, bé-

sándole en la boca, aunque el odio hervía horriblemente en su frío corazón. Sosegado el tumulto, anduvieron paseando por la rambla, hasta que al pasar delante de la puerta de Serranos, el pueblo se empeñó en que el rey entrara en la ciudad, y no hubo más remedio que acceder á su demanda. Entró, pues, en la ciudad: la gente del Mediodía impresionable como todo pueblo de imaginación, y artista, saludó alborozada al monarca; las manos antes ocupadas de armas, no se daban punto de reposo en aplaudir; los pechos agitados por el odio, se apaciguaban al soplo del entusiasmo; coronaban mil cabezas las ventanas, y en medio de este general contento, atravesó el rey las calles, recibiendo por todas partes señales de evidente amor. Sin embargo, para el corazón del rey, aquel entusiasmo no era en el fondo otra cosa que la tempestad, que tras largo tiempo, jugaba con su corona y hería su cabeza.

Cuando caía la noche, se volvió el rey á su vivienda; creíase libre ya de amarguras y deseaba descansar en el seno de su familia. Mas el amor del pueblo, á sus ojos tan detestable como su

odio, no le dejó reposar ni reponerse de las grandes emociones de aquel triste y tumultuoso día. Las danzas volvieron al Real, entraron en palacio é hicieron que el rey tomase parte en aquellos festejos de la libertad y la Unión. Un barbero obligó al rey y á la reina á danzar, é interponiéndose entre ellos y danzando como un energúmeno, con fría sonrisa en los labios y hondada malicia en los ojos, mirando al rey burlescamente, como quien goza en ver humillado un enemigo, entonaba sarcásticamente un cantar cuyo tema era «Mal haya quien se partiere,» insulto escupido al rostro del real cautivo.

Cuando el rey escribe de esto en su crónica, la brevedad misma de su narración prueba cómo pesaba aquella maldecida noche en su alma. Borrar con sangre este recuerdo, fué el anhelo constante de su corazón. Cuando peleaba en los campos de Valencia, la imagen del barbero se aparecía á sus ojos: cuando entró después de sus victorias en aquella ciudad, la primer víctima que buscó en sus entrañas, fué al barbero. Verse cautivo, y en su cautiverio insultado, y para más ig-

azote fué la libertad del rey; asustáronse los pueblos, desanimóse la Union, hizo el rey presente los peligros que corria, concedió aun más peticiones, como dispuesto á no cumplirlas, y así logró verse libre, partiéndose para Teruel, con alegría semejante á la del leon encarcelado, que rompe los hierros de su jaula y se dá á correr por los campos, anhelante de ejercer sus instintos y devorar grandes presas.

El infante D. Fernando, cabeza de la Union, partióse para Zaragoza, donde estaba lo más granado de su gente. El rey entretenia la discordia y rogaba desde Teruel á D. Lope de Luna y á los de la Union que se apresurasen á poner en sus manos todas las discordias, seguros de que proveeria en justicia con arreglo á derecho. Mas engañando así á sus enemigos, ocultamente mandaba cartas á las ciudades, villas de su bando, excítándolas á que reunieran sus milicias y pasaran á los reales de D. Lope de Luna. Cuando ya conoció que éste, su caudillo, tenia fuerza bastante á contrastar el poder de la Union, arrojó el rey la máscara con que se encubria, y declaró que el

perdon de Lope era su perdon, que la causa de este rico-hombre era su misma causa. Ya no había lugar á duda: estaba arrojado el guante, y el momento era decisivo, supremo. La gente de la Union salióse en haces de Zaragoza, contándose hasta 15.000 combatientes, y arremetió al pueblo de Epila. No dejó en los campos ni persona, ni alimaña, ni árbol con vida. Quemó los trigos, los cáñamos, destrozó las viñas. Duramente acometió despues la villa, que hubiera en su poder caído sin el arrojado de D. Martin Lopez de Pina, que la tenía por el rey. Sabedor de esto D. Lope de Luna, que estaba sobre Tarazona, á marchas dobles se dirige á Epila, sediento de gloria y de venganza. El dia 21 de Julio de 1348 fué el último dia de la Union aragonesa. Frente á frente en los campos de Epila ambos ejércitos; frente á frente las dos ideas, que se dividian el campo de la historia, las dos fuerzas que eran la vida de Aragon; el cielo permitió una sangrienta catástrofe: quedaron en el campo los más bravos caballeros de la Union, abrazados á su bandera, gritando: «libertad» al exhalar el último suspiro;

corrió de las venas del infante gravemente herido sangre real; deshiciéronse como mieses agitadas por el huracan las haces enemigas del rey, y la bandera de D. Lope de Luna, empapada en sangre aragonesa, lució aquel día con los resplandores de la victoria.

Hé aquí cómo se expresa Zurita al hablar de este día de Epila: «Esta batalla fué una de las
 »más señaladas que se escribe en la memoria de
 »cosas pasadas, por haber sucedido en este reino;
 »así por haber sido en direccion y contienda de
 »los mismos aragoneses, como por haber sido la
 »postrera que se haya dado en defensa de la li-
 »bertad del reino, por la cual se usaba en lo an-
 »tiguó tomar las armas, y se tenía por justificada
 »causa para resistir á los reyes: en rigor de
 »aquellos dos privilegios, que fueron concedidos
 »al reino en tiempo del rey D. Alonso el Tercero.
 »Porque despues, acabándose de fundar la juris-
 »dicción del Justicia de Aragon cesaron las ordi-
 »narias contiendas y guerras, conservándose en
 »aquel medio, con lo que los inferiores se igualan
 »con los principales y más poderosos, en lo cual

»consiste la paz y sosiego de todos los reinos y
 »repúblicas, y quedó de allí adelante prohibido el
 »nombre de Union por universal consentimiento
 »de todos.»

Nosotros no lamentamos la decadencia y la muerte de la aristocracia aragonesa al verla á las plantas de Pedro IV herida en el corazon. Creemos firmemente, en virtud del sentimiento general con que miramos la historia, que la destruccion de las aristocracias era necesaria, para que brotára el principio de igualdad del seno de las monarquías; para que se organizasen las nacionalidades; para que se asentára sobre sólidos fundamentos la justicia; para que el mundo diese un paso más en esa larga y majestuosa série de progresos, que forma el gran poema de la libertad humana. Parece imposible que aquella aristocracia aragonesa, despues de ser la más ilustrada y más heroica de Europa, no hubiera encontrado más medio de refrenar la autoridad real que apelar á la rebelion. Y la rebelion, que en tiempos dados puede ser un remedio cuando la tiranía ha cerrado todos sus respiraderos al espíritu público y hecho

ineficaces todas las leyes, la rebelion continúa no puede nunca admitirse como forma definitiva de ley y derecho, ni aun como medio normal de resistencia; porque despues de conmover y agitar penosamente á los pueblos, consume su más vigorosa y pura sávia. Era necesario sentar el derecho en la ley, la resistencia en el seno de las instituciones; dar de través con aquellos continuos desafíos, que solo servian para inquietar los ánimos y desvastar las comarcas; organizar la justicia, hacer de la libertad un númen protector, y no el ángel de la discordia; y la víctima propiciatoria que debia caer en aras de todas estas reformas, era la aristocracia siempre turbulenta, y por eso señala su muerte una nueva época en el relój de los tiempos.

Concluida la batalla de Epila, debió asaltar al rey la idea de castigar á los rebeldes. Pero atendida la dura condicion del monarca, su natural vengativo, y la fiereza y alteracion de los tiempos, debemos decir en homenaje á la verdad que en Zaragoza más se mostró misericordioso que justiciero. Gran parte de aquella poblacion habia en-

trado en la contienda, insultando al rey, desconociendo su autoridad; y solo castigó á trece principales que habian sido cabeza de rebelion. Donde el rey se mostró más cruel fué en Valencia. Despues de sosegado Aragon corrió á la ciudad rebelde con lo más valeroso de sus tropas y la cercó; pero con tal saña, que hubo momentos en que cruzó por su mente la idea de asolarla, arar sus cimientos y sembrar en ellos sal y dejar aquel campo eternamente yermo en testimonio de su justicia. Las razones, los ruegos de los suyos le apartaron de aquella negra idea que acariciaba con toda la exaltacion de su ódio. Diéronse los de Valencia á merced, y entró el rey en sus muros. Oró en la iglesia mayor, dando gracias al cielo por haber cobrado la ciudad, y prometió olvido y perdon. Pero no cumplió su promesa. Rodaron en el cadalso cabezas de sus enemigos; de gente del pueblo fueron algunos arrastrados, y á otros se dió un género de muerte, que espanta y horroriza. Mandó el rey que se derritiese la campana de la Union, y despues les hizo beber aquel ardiente líquido, arrancándoles la vida en medio

de indecibles tormentos. Fué arrastrado tambien Juan Sala; y habiendo un reo tenido por deshonra la horca, el rey le mandó degollar, y dos letrados muy principales fueron ahorcados, y recorrieron inquisidores los pueblos llevando á los rebeldes todo el terror de la justicia del rey.

Mas un rey que habia vencido incondicionalmente; que tenia á sus plantas las ciudades rebeldes; que habia visto caer segados por su furor á sus más ardientes enemigos; un rey dueño absoluto ya de aquel reino, inclinado por naturaleza á dejarse llevar por su voluntad propia, adorador de su poder; ¿iba á romper las leyes, á borrar las antiguas costumbres, á soterrar las Córtes, á declararse norte único, y único director de su pueblo? A primera vista parece que éste es el desenlace natural de aquella gran catástrofe; que insultado por las Córtes, herido en su amor propio, va á tomar el rey venganza de las instituciones como la habia tomado de los hombres. ¿Quién puede oponérsele? La bandera de la Union yace en el polvo, sus caudillos han muerto, sus ciudades gimen bajo el peso de la

venganza, sus milicias andan desbandadas como perseguidas por la tempestad; toda resistencia es inútil; sobre aquella catástrofe solo se levanta el rey. Hay sin embargo, un fantasma que atemoriza al rey, un espíritu superior á todas las voluntades humanas, un génio más grande que la victoria; la voluntad del pueblo, el númen divino de su antigua y sacrosanta libertad. El rey, al poner sus manos en las leyes para rasgarlas, hubiera rasgado su propia púrpura. Del fuego de sus apagadas cenizas, que parecian frias como la muerte, hubiera salido una chispa capaz de cegar la soberbia del rey. ¡Ah! Cuando en las entrañas de un pueblo se arraiga el sentimiento de libertad; cuando su espíritu llega á tener conciencia de esa idea divina; cuando la ama de veras; pueden congregarse contra ese pueblo todas las tiranías de la tierra, mas las espadas y los cetros se quebrarán como frágiles cañas en el escudo de su frente é impenetrable pecho.

Y si en algun instante podia abonarse el pasar sobre la ley, era en el supremo instante que historiamos. Talados los campos, destrozadas las

ciudades, en aquel gran naufragio, cuando todavía cruzaba los aires el rayo de la guerra, un rey vencedor podía creerse levantado por la fuerza misma de los acontecimientos á un poder absoluto. La Union, en los años de su dominio, solo habia derramado guerras, asolamientos; nada habia fundado, nada habia hecho: su vida habia sido una convulsion febril, continuada y desastrosa.

Si, era hora de sustituir á la arbitrariedad la ley, al derecho de la fuerza toda la fuerza del derecho, á los campamentos los tribunales, al combate el litigio judicial, á una organizacion asentada en tempestades continuas y por tanto débil en medio de su poder, una organizacion basada en la ley, fuerte, sin más amparo que la custodia de la libertad, y la protectora égida del ángel de la justicia. Pero aun todo esto ¿no debia hacerlo el rey? ¿No estaba por los hechos ocurridos armado de una dictadura formidable?

No: que si habia vencido á la Union, no habia vencido al reino; que si habia cortado el nudo de la fuerza, su espada se embotaria al cortar el

nudo de la ley. Entonces viva aun la discordia, no domeñados todos los rebeldes (1), el rey, sintiéndose débil en medio de su victoria, si le faltaba el poderoso auxilio del pueblo, pronunció la palabra «Córtes». La Union no estaba vencida mientras las Córtes no escribieran su sentencia de muerte: el rey no podia usar de su victoria mientras no la consagraran las Córtes. Del seno de aquella revolucion, del fondo de aquella victoria, lejos de salir la servidumbre, iba á salir la libertad. Las Córtes iban á fundar el Estado en la ley; iban á trasladar las contiendas legales del campo de batalla al tribunal de justicia. Saludemos, pues, á ese gran pueblo que conserva la libertad, y la custodia, y la vigoriza, cuando parece la libertad más peligrosa, cuando se presenta más amenazada. Pueblos que así proceden, son dignos del mayor bien del mundo, que es la libertad.

Llamó el rey vencedor en su auxilio las Córtes. A ellas fué á pedir la sancion de sus victo-

(1) Cuando se celebraron las Córtes, de que vamos á hablar, aun no se habia rendido Valencia.

rias. Convencidas las Córtes de que el privilegio de la Union era solo poderoso á empeñar grandes contiendas, de las cuales ningun bien redundaba á los fueros y libertades aragonesas, decidieron abolirlo, no porque tal fuese la voluntad del rey, sino porque de grado renunciaban á él, reconociendo sus graves peligros y su triste esterilidad. Querian más bien una ley que tuviese fuerza por su propia virtud, sin necesidad de acudir á la guerra, y en el monasterio de predicadores, allí donde la Union habia insultado al rey, quemaron los privilegios de la Union arrancados al buen Alonso III, y la confirmacion de D. Pedro IV.

El rey, despues de haber visto caer delante de su poder las armas que habia forjado la Union, reunia las Córtes en San Salvador. Su primer palabra fué perdon, su primer obra fué jurar las antiguas libertades aragonesas. Solemnemente prometió guardar y hacer guardar las leyes, las costumbres, queriendo ser, como el primero del reino, el primero tambien y el más activo en acatarlas y defenderlas. El privilegio general, constitucion verdadera del pueblo aragonés, alma

de sus fueros, fué en todas sus partes confirmado, cobrando de esta suerte gran vigor. Ningun aragonés podia estar al arbitrio del poder; su libertad individual estaba sellada y guardada en el arca santa de la ley: no podia procederse contra ninguno á muerte, destierro ó lesion de miembro sin que procediese conocimiento del delito, y sentencia en público juicio. Hoy, que aun tocamos desgraciadamente las fatales consecuencias que trae consigo el violar la seguridad individual, á pesar del adelantamiento del siglo, conocemos que el derecho anteriormente referido, era doblemente augusto, por su propia santidad, y por salir confirmado, más vivo y vigoroso del seno de una sangrienta revolucion. Decidióse tambien que el oficio de la gobernacion se rigiese por caballeros; y en esta decision se guardaba encerrada una profunda idea filosófica. Antes servian este oficio los ricos-hombres. La base del gobierno es la responsabilidad, y el rico-hombre no podia responder porque estaba exento de la pena de muerte; luego al trasladarse este oficio á la clase de caballeros, se mostraba que se queria

hacer á todo el que ejerciese este elevado ministerio responsable de sus actos ante el país y ante las leyes; decidióse que el sucesor del reino, gobernador y procurador general, no se entrometiese nunca en la jurisdiccion civil y criminal, distinguiéndose así de una manera admirable las diferentes esferas en que debe moverse el poder, para que resulte vívida y pura la libertad. El Justicia, mediador entre el pueblo y el rey, levantado para guardar las leyes y velar por el derecho, eterna voz de la libertad, tribunal á que recurrian todos los agraviados, escudo que tenian contra el poder los aragoneses; el Justicia recibió una balanza más segura y una espada más centelleante de mano del monarca en estos tumultuosos tiempos. En este reinado sí que puede con razon decirse que se despertó centelleante y gloriosa la espada de la justicia, y que sirvió de amparo á todos los oprimidos y de freno á todas las tiranías. Véase, pues, cuán profunda y cuán grande fué la revolucion llevada á cima por Pedro IV. En la historia siempre debemos alabar á Dios, como delante de los grandes y maravillosos

espectáculos de la naturaleza. El mal pasa, el crimen es castigado, y en el fondo de toda época, siempre queda algun bien que mueve el ánimo y le dá alas para volar al cielo á rendirse de hinojos ante el Dios de la libertad y de la justicia.